

PIEZAS METÁLICAS DEL CALCOLÍTICO E INICIOS DE LA E. DEL BRONCE PROCEDENTES DE ALBURQUERQUE (BADAJOZ)

Juan Javier ENRÍQUEZ NAVASCUÉS y Sandra PALOMO LECHÓN
Grupo investigación Pretagu

Resumen

Se presenta un conjunto de piezas metálicas del Calcolítico y E. del Bronce que proceden de Alburquerque (Badajoz). Son armas y herramientas de las que no conocemos los contextos de aparición, entre las que destacan una hoja de cuchillo, puntas palmela y una alabarda de tipo Carrapatas conservadas en la colección Martínez de Pinillos en Almendralejo.

Palabras clave: Metales, Calcolítico y E. del Bronce, Alburquerque, Badajoz.

Abstract

We present a set of Chalcolithic and early Bronze Age metal pieces from Alburquerque, Badajoz. They are weapons and tools whose surroundings we ignore. Among them a knife blade, Palmela arrowheads and a Carrapatas halberd kept in the Martínez de Pinillos collection in Almendralejo.

Keywords: Metals, Chalcolithic, Bronze Age, Alburquerque, Badajoz.

En el Catálogo Monumental de España correspondiente a provincia de Badajoz J. R. Mélida recogió la existencia de una serie de piezas metálicas del Calcolítico e inicios de la E. del Bronce, cuya procedencia se señalaba que era la zona de Alburquerque. En concreto reseñó un conjunto de objetos de la colección de Antonio Covarsí en Badajoz (Mélida, 1925: 54). Por otro lado, en el proyecto de investigación nacional "Proyecto Arqueometalurgia de la Península Ibérica" se incluyeron los análisis metalográficos de 9 piezas provenientes de Alburquerque conservadas en la colección Martínez de Pinillos, como parte de la base de datos pero sin descripción, medidas, documento gráfico o referencias al tratarse en este caso de un listado (Rovira y otros, 1997: 105-106) y a que realmente ni habían sido ni estaban publicadas (1). Tampoco lo han sido las de la colección de A. Covarsí más allá de la breve reseña de Mélida, pero a diferencia de la anterior los objetos arqueológicos de esta colección se encuentran hoy en paradero desconocido.

A las piezas de estas dos colecciones hay que añadir un hacha plana conservada en el Museo Arqueológico Provincial de Badajoz que ingresó en 1943, donde figura como pro-

cedente de la antigua colección reunida para el frustrado museo de Albuquerque que A. Cabrera proyectó en los inicios del siglo xx (Cabrera, 1933). Una pieza que también cuenta con análisis metalográfico que se encuentra igualmente inédito. Este hacha es el único objeto metálico prehistórico que aparece en el inventario que el propio Cabrera hizo de los objetos recogidos para el museo de Albuquerque, algo que contrasta abiertamente con el buen número de pulimentados que en él se citan. De esta manera, aunque en las síntesis regionales sobre la metalurgia del Calcolítico e inicios de la E. del Bronce la zona de Albuquerque aparece sin apenas referencias (Hurtado y Hunt, 1999: fig. 3), lo cierto es que sí que hay piezas arqueológicas encuadrables en las fases más antiguas de dicha actividad, alguna de ellas además con notable interés. Y ello dentro de un panorama general de integración en el que se ha puesto de manifiesto la escasa representación de los elementos metálicos en el conjunto de evidencias arqueológicas de las comunidades del Calcolítico e inicios del Bronce en el S.O. peninsular (Costa, 2010).

Los objetos que físicamente hemos podido reconocer son las de la colección Martínez de Pinillos de Almendralejo y el hacha del Museo Arqueológico Provincial de Badajoz (Figs. 1 y 2), mientras que de los de la antigua colección de Antonio Covarsí sólo poseemos al día de hoy noticias.

1. PIEZAS DE LA COLECCIÓN MARTÍNEZ DE PINILLOS

En esta colección pudimos identificar los metales de Albuquerque que se incluyeron en las analíticas del Proyecto Arqueometalurgia de la Península Ibérica. Sólo hay un hacha que ofrece dudas a la hora de reconocerla, pues se analizaron dos hachas de la colección, una de las cuales procede de Almendralejo (análisis AA1107) sin que hoy se sepa con certeza cuál es la que pertenece al lote de piezas de Albuquerque y cual otra al término de Almendralejo. El conjunto lo componen una hoja de puñal o cuchillo con escotaduras laterales, una alabarda que conserva uno de los remaches, tres puntas palmela, una punta pedunculada y dos cinceles (Fig. 1 y Lám. 1), más el hacha plana (Fig. 2). Todas ellas se conservan actualmente en domicilio de la familia, a la cual agradecemos su disposición y amabilidad para poder ser estudiadas de igual manera que a Manuel Ortiz Alesón, quien nos facilitó el acceso a la misma. Allí comprobamos que los análisis metalográficos se realizaron en 1984 por mediación de Cleofé Rivero de la Higuera. Los resultados de los mismos aparecen recogidos en el cuadro de la página siguiente (Rovira y otros, 1997).

La alabarda (Fig. 1) es la pieza más destacada y también la más exclusiva de todo el lote tanto desde el punto de vista tipológico como del de su significación sociocultural. Su estado de conservación es excelente, con la punta y los filos vivos y aunque no se ha podido hacer un barrido con microscopio, sino sólo inspección ocular y aumento de fotografía, no se apreciaron desgastes más que en pequeñas muescas en la parte proximal y distal, que salvo una apenas penetran ni hacen conoides. No es de tamaño grande pues mide 19,5 cm de longitud por 7,4 de ancho y 2 de grosor, pero la hoja triangular con ancho nervio central destacado, acanaladuras laterales y en la parte superior tres agujeros para remaches, ofrece una morfología que permite asimilarla a las del tipo que Schubart denominó Carrapatas (Schubart, 1973), más propias de la zona norte de Portugal y cuya presencia en el actual territorio extremeño era desconocida. De hecho, la alabarda es una clase de arma poco abundante en el Calcolítico y Bronce antiguo peninsular, asociada al varón y con una función sobre todo social, aunque las hay con huellas de uso que en el caso de las argáricas resultan más de cortar que de penetrar con el filo (Brandherm y otros, 2012: 608). Dentro de esa denominación genérica

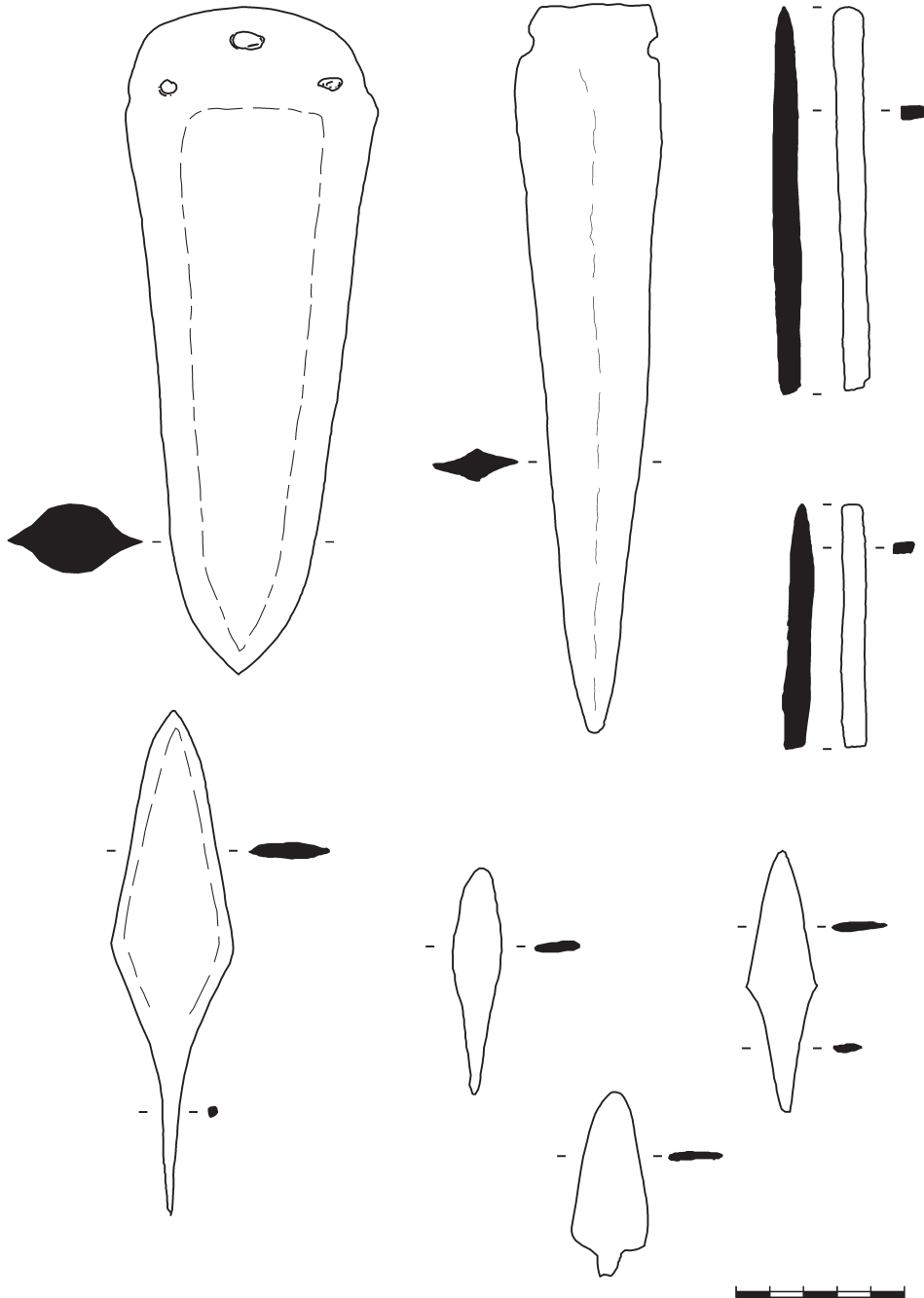
TABLA 1

puñal	Fe: 0,066	Ni: nd	Cu: 98,78	Zn: 0,141	As: 0,836
n.º AA1108	Ag: 0,004	Sn: 0,01	Sb: 0,021	Pb: 0,043	
alabarda	Fe: 0,061	Ni: nd	Cu: 98,57	Zn: 0,127	As: 1,153
n.º AA1109	Ag: 0,001	Sn: 0,014	Sb: 0,004	Pb: 0,056	
alabarda r.	Fe: 0,127	Ni: 0,099	Cu: 98,55	Zn: 0,125	As: 0,764
n.º AA1109A	Ag: nd	Sn:	Sb: 0,046	Pb: nd	
p. palm. A	Fe: 0,039	Ni: nd	Cu: 99,16	Zn: 0,136	As: 0,427
n.º AA1111	Ag: 0,007	Sn: 0,019	Sb: 0,01	Pb: nd	
p. palm. B	Fe: 0,14	Ni: nd	Cu: 98,87	Zn: 0,135	As: 0,479
n.º AA1110	Ag: 0,004	Sn: 0,009	Sb: 0,021	Pb: nd	
p. palm. C	Fe: 0,057	Ni: 0,037	Cu: 98,6	Zn: 0,156	As: 0,806
n.º AA1113	Ag: 0,003	Sn: nd	Sb: 0,004	Pb: nd	
p. pedunc.	Fe: 0,036	Ni: 0,01	Cu: 91,46	Zn: nd	As: 0,06
n.º AA1112	Ag: 0,017	Sn: 7,499	Sb: 0,015	Pb: 0,099	
hacha	Fe: 0,18	Ni: 0,07	Cu: 99,2	Zn: nd	As: 0,5
n.º AA1114	Ag: 0,001	Sn: 0,008	Sb: 0,009	Pb: 0,04	
cíncel	Fe: 0,119	Ni: 0,03	Cu: 99,14	Zn: nd	As: 0,391
n.º AA1115	Ag: 0,002	Sn: nd	Sb: 0,003	Pb: 0,073	
cíncel	Fe: 0,116	Ni: 0,051	Cu: 99,27	Zn: 0,104	As: 0,23
n.º AA1116	Ag: 0,003	Ni: nd	Sb: 0,007	Zn: nd	

de alabardas tipo Carrapatas, relacionable con las atlánticas, este ejemplar no está exento de cierta personalidad morfológica en tanto que no es exactamente igual que las de la zona de Guimarães y también tiene sus diferencias con el grupo no argárico del alto Guadalquivir (Delibes y otros, 1999: 37).

En Extremadura sólo se habían señalado hasta el momento un posible ejemplar de la Pijotilla y otro del cerro del castillo de Alange, fase Solana IIA, ambos de tipología distinta al que presentamos. La pieza de la Pijotilla es más simple, con nervio central donde se inserta un solo agujero conservado para un remache en la parte superior (Hunt, 2003: 320). A veces ha sido considerada como un puñal con nervio central y remache (Enríquez y Hurtado, 1986: 53; Hurtado, 1995: 75), pero hay una serie de detalles que ensamblados permiten su consideración como alabarda, caso de la proporción entre la longitud y anchura, la solidez de la punta y la propia hoja que forma una especie de hombreras para dar paso a la placa de empuñadura, donde está centrado el agujero conservado. En su composición hay un 4,3% de As (Hunt, 2003) por lo que representa bastante bien a los cobres arsenicados. El de Alange consta de una hoja triangular de 20 cm de longitud y parece más cercana a las argáricas, como el ejemplar de Aguilar de la Frontera (Hunt, 2003: 142), pero manteniendo cierta personalidad (Pavón, 1994: 108 y fig. 100). En su composición metálica sigue prevaleciendo un alto porcentaje de cobre, el 98,98% por 0,93 de As (Pavón, 1997: 63), como es habitual en las primeras producciones de la E. del Bronce (Gómez Ramos y otros, 1998: 100).

FIGURA 1
ALABARDA, HOJA DE PUÑAL, CINCELES, PUNTAS PALMELA
Y PUNTA PEDUNCULADA DE LA COLECCIÓN MARTÍNEZ DE PINILLOS



Dentro del marco geográfico más amplio del S.O. peninsular destaca la alabarda encontrada en una sepultura no muy bien individualizada del estrato XIV de la Mesa de Setefilla (Aubet y otros, 1983: lám. XVI), de 21 cm de longitud y de tipo básico argárico aunque con la hoja reforzada como es habitual en el tipo Carrapatas y en los atlánticos en general. Junto a ella, es digno de consideración el ejemplar hallado en la tumba 5 de la necrópolis onubense de La Traviesa, la más destacada de todas por su estructura tumular y ajuar (García Sanjuán, 1998: 120). Tiene 27, 5 cm de longitud, con un peso de 301 gramos, y ha sido relacionada con las alabardas tipo Montejícar (García Sanjuán, 1998: 150). La tipología de estas dos piezas andaluzas es pues diferente a la que presentan las del cerro del castillo de Alange, Pijotilla y Alburquerque, además de ser diferentes entre sí, de modo que exponen bien la diversidad tipológica y tecnológica de las alabardas del S.O. peninsular. Por otro lado, ambas piezas se asocian a contextos funerarios, algo que no ocurre así en el caso de la alabarda de Alange, muy probablemente de contexto habitacional (Pavón, 1994: 58), mientras desconocemos a cuales corresponderían las de la Pijotilla y Alburquerque.

La hoja de cuchillo o puñal con escotaduras laterales es de forma triangular alargada con nervio central y cabe destacar su tamaño grande. Mide 21 cm de longitud por 4,2 de ancho y 0,8 de grosor (Fig. 1 y Lám. 1). Las hojas de puñal con escotaduras se encuentran entre las primeras producciones de armas de cobre (Herranz, 2008: 235) y resultan mucho menos abundantes que los característicos puñales de lengüeta asociados muchas veces a cerámicas campaniformes y a enterramientos relevantes. Para este ejemplar de Alburquerque tenemos buenos paralelos en sendas piezas de la Pijotilla, entre ellas una aparecida en contexto funerario dentro de la tumba 3, sin campaniforme, donde formaba parte del ajuar destacado de un individuo como indicador de estatus, aunque todavía en una estructura colectiva y con una forma de enterrar que no se diferenciaba de las demás (Hurtado, 2005: 328). También de tamaño grande es otro ejemplar de hoja de puñal con escotaduras, aunque sin nervio central, que procede del sitio de la Pestana en el término de Badajoz (Molina, 1979: fig. 1), pero los hallazgos de este tipo de hojas de puñal no pertenecen sólo al ámbito funerario (Do Paço, 1964).

De las tres puntas tipo palmela (Fig. 1) la menor es de forma almendrada y mide $6,6 \times 1,4 \times 0,2$ cm; la mediana $7,6 \times 2 \times 0,3$ cm y la mayor es un ejemplar más elaborado de $14,8 \times 3,5 \times 0,4$ cm. Desde el punto de vista tipológico encajan bien respectivamente en los grupos básicos A, B y C que se han creado para ordenar su diversidad morfológica (Delibes, 1977: 110; Rovira y otros, 1992), unos grupos donde se integran puntas que resultan más propios del Calcolítico, aunque no en exclusiva. Las puntas palmelas constituyen en casi todas las regiones de la península el elemento metálico más abundante desde el punto de vista cuantitativo, que en el caso extremeño podemos comprobar en el primer recuento publicado sobre objetos metálicos del Calcolítico y Bronce antiguo y pleno, donde aparecen por encima de hachas y cinceles (Hurtado y Hunt, 1999: 273). Aunque se conocen diversos lugares de la provincia de Badajoz en los que las puntas palmela proceden de contextos funerarios del Calcolítico, con y sin campaniforme, y de transición a la E. del Bronce: Lácara, Colada de Monte Nuevo, Guadajira, Valencia del Ventoso, etc. no se puede decir que correspondan de manera exclusiva al ámbito funerario ni en esta zona geográfica ni fuera de ella (Enríquez, 1990: 226), en ninguna de sus diversas morfologías y tamaños.

Por su parte la punta pedunculada es muy plana (Fig. 1) y encaja bien en los tipos más simples de esta clase de armas arrojadas de fines del Calcolítico e inicios de la E. del Bronce. Metalográficamente es de los denominados "bronces pobres" con una proporción de estaño inferior al 8% (Rovira y Delibes, 2005: 497). Mide $5,4 \times 2,1 \times 0,2$ cm. Esta pieza está referenciada en el inventario de las puntas pedunculadas de la Edad del Broce elaborado por

LÁMINA I
PIEZAS DE LA COLECCIÓN MARTÍNEZ DE PINILLOS



Kaiser dentro de su tipo IIIA, pero únicamente viene citada en el inventario sin más referencias ni atención (Kaiser, 2003: 93). Su forma y tamaño son diferentes a los que presentan las recogidas en el cerro del castillo de Alange, con pedúnculo más largo y relacionables con otras portuguesas de plena E. del Bronce (Pavón, 1998: fig. 27).

Los dos cinceles (Fig. 1) son de idéntica forma, estrechos y alargados, ambos con la sección rectangular. Solamente se diferencian en el tamaño con $11,5 \times 0,9 \times 0,4$ cm el mayor y $7 \times 0,8 \times 0,3$ cm el más pequeño. Se trata de un tipo de cincel bien conocido que se ha encontrado también en áreas de poblado de diversos yacimientos como la Pijotilla (Hunt, 2003: fig. 9 y 10), Las Lomas en Mérida o Travieso en Valdetorres (Enríquez, 2000: 353) así como en toda una serie de poblados del S.O. como Leceia (Cardoso, 2003: fig. 10), Vila Nova de S. Pedro (Do Paço, 1964: fig. 20 y 22), Zambujal (Sangmeister y Schubart, 1965: fig. 14) y un largo etc. Tampoco falta su presencia en el ajuar de algunos sepulcros de carácter megalítico como el ya citado sitio de la Pestana (Molina, 1979: fig. 1) y otros cacereños (Bueno y otros, 2000: 225). No se trata del único tipo de cincel metálico documentado en el Calcolítico de la zona, sino que se conocen también los de sección rectangular pero más gruesos y con el filo ensanchado como el del Apeadero de La Zarza y otros (Enríquez, 1990: 225).

Por último, como no sabemos cual de las dos hachas planas de sección rectangular es la que corresponde al lote de piezas de Albuquerque damos las medidas y dibujo de ambas (Fig. 2). La mayor es de forma trapezoidal, bordes rectos y tiene el filo ligeramente destacado. Mide $11,5 \times 6,8$ cm de anchura máxima y 0,8 cm de grosor. Por su parte la menor tiene una forma que tiende al triángulo, con los lados rectos también, y mide $7,8 \times 2,8 \times 0,5$ cm. Son hachas que sin contexto claro no se prestan a muchas consideraciones debido a que son de unos tipos con amplia difusión geográfica y perduración cronológica, que se encuentran entre las básicas de la elaborada clasificación tipológica que propusiera Monteagudo (1977).

2. EL HACHA DE LA COLECCIÓN DEL CASTILLO DE ALBUQUERQUE

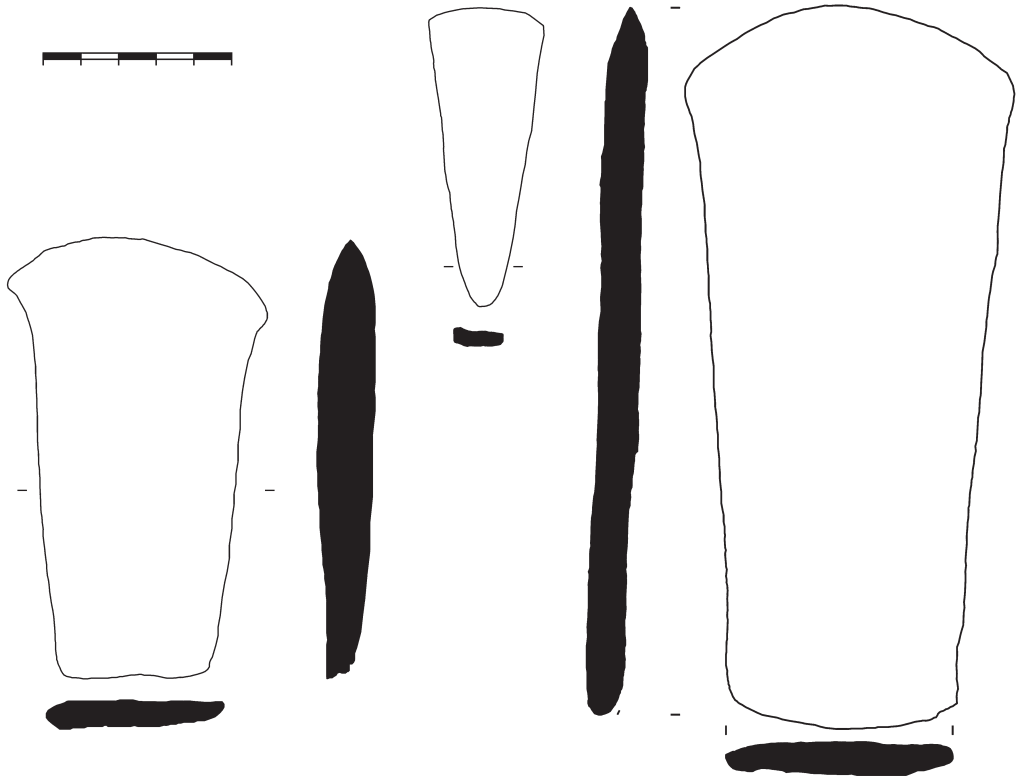
El hacha plana del museo tiene el n.º 808 del Inventario General, es de forma trapezoidal con el talón convexo y los bordes rectos que se ensanchan levemente en el inicio del filo. La sección es rectangular y el tamaño grande: 18,8 cm de longitud por 8,1 de anchura y 1,1 de grosor. Pesa 317,63 gramos (Fig. 2). Está incluida en el catálogo de Monteagudo, quien la clasificó como de tipo 5C (Monteagudo, 1977: 63), mientras en la ficha del museo figura un análisis metalográfico de mayo de 1996 realizado por Salvador Rovira con la referencia PA7702, que permanecía inédito ya que no aparece recogido en los listados publicados (Rovira y otros, 1997; Gómez y otros, 1998).

El resultado es:

Fe	Ni	Cu	Zn	As	Ag	Sn	Sb	Pb
0,03	nd	99,4	nd	0,55	0,006	nd	0,005	nd

Los aspectos más relevantes de esta hacha son en primer lugar sus dimensiones y junto a ello su peso, especialmente por tratarse de un cobre casi puro. Por otro lado, la tipología es sencilla con la sección rectangular y plana.

FIGURA 2
 HACHAS PLANAS DE LA COLECCIÓN MARTÍNEZ DE PINILLOS Y HACHA
 DEL MUSEO ARQUEOLÓGICO PROVINCIAL DE BADAJOZ



3. LAS PIEZAS DE LA COLECCIÓN COVARSI

Con respecto a las piezas metálicas prehistóricas de la colección de A. Covarsí Vicentell que recoge Mérida, son en total diez (n.º inventario 454-552): cinco hachas completas, dos incompletas, una punta de flecha, una hoja de lanza y un cincel (Mélida, 1925: 54). Más de la mitad son pues hachas, que dice de formas trapecoidales y planas. Sólo consigna las longitudes máxima y mínima, que se encuentran entre 13 y 6 cm. No sabemos si esos 6 cm son de la menor de las hachas que estaba completa o de alguna de las incompletas, pero en cualquier caso parece tratarse de hachas planas simples que no alcanzan gran tamaño, como la del Museo de Badajoz. Mélida no destacó ningún rasgo más y no incluyó imagen o dibujo de ellas.

Las otras tres piezas vienen descritas como punta de flecha de forma almendrada con “el cabo agudo para sujetarla al asta” (Mélida, 1925: 54) de 9,3 cm; hoja de lanza plana con ligero nervio central en eje y 26 cm de longitud y la última un cincel de 10,5 cm bien acabado. La llamada punta de flecha almendrada debe ser una punta palmela y el “cabo agudo” corresponder a la espiga típica, mientras que su tamaño resultaría un poco mayor que las pequeñas de la colección Martínez de Pinillos e inferior a la mayor. En cuanto a la hoja de

lanza llama la atención su longitud: 26 cm. Al no hacerse constar ni la anchura ni la forma general de la pieza resulta difícil interpretar de qué clase de hoja se trataba. No hay mención a detalles de empuñadura, que en el caso de ser a través de remaches como ocurre con algunos puñales y las alabardas permitiría conjeturar ambas posibilidades. Por las dimensiones podría pensarse en una punta de jabalina como otras conocidas del Calcolítico final-Bronce, pero Mérida identificó y destacó entre los objetos del sitio de la Pestaña una punta de jabalina tipo Pastora (Mérida, 1925: 55-56), por tanto es de suponer que si la pieza de Covarsí era de ese estilo no le habría pasado desapercibido reconocerla como tal.

De esta misma colección el propio Mérida da cuenta de una cincuentena de piedras pulimentadas halladas entre S. Vicente y Alburquerque (Mérida, 1925: 8) y de *dos brazaletes ibéricos de bronce* encontrados en la carretera de Badajoz a Alburquerque (Mérida, 1925: 83), entre otras muchas piezas más de diferentes épocas y estilos, incluso del propio Alburquerque. Simplemente con las piezas que cita Mérida queda bien patente como los objetos arqueológicos de distinta naturaleza y cronología formaban parte del perfil variopinto de la colección, pero esa faceta del reconocido y famoso cazador (Segura, 1953), padre del pintor Adelardo Covarsí y media docena de hijos más, relacionada con la tenencia de objetos arqueológicos no ha sido estudiada (Ortiz, 2007: 328) ni siquiera citada por su allegado E. Segura Otaño en su biografía (Segura, 1953).

4. VALORACIÓN

El recuento total de estas piezas metálicas del Calcolítico e inicios de la E. del Bronce de la zona de Alburquerque es de veinte, diez de ellas en paradero desconocido, nueve en la colección Martínez de Pinillos y una en el Museo Arqueológico Provincial de Badajoz (2):

INSTRUMENTOS	cinceles	3
ARMAS	p. palmela	4
	p. pedunculada	1
	alabarda	1
	puñal	1
	lanza	1
MIXTAS	hachas	9

A la hora de valorar toda esta serie de piezas metálicas hay que tener en cuenta la naturaleza y características de las colecciones de donde proceden, puesto que ese es el verdadero contexto a través del cual han llegado hasta nosotros. La composición de las mismas no parece apuntar en dirección a conjuntos cerrados ni tan siquiera a la seguridad de que procedieran de un mismo lugar concreto, algo que en el caso de la de Covarsí es casi seguro a tenor de la heterogeneidad de objetos procedentes de Alburquerque que el propio Mérida relaciona y a que hemos aludido. Más aceptable parece la cuestión de la procedencia geográfica de Alburquerque, que en el caso de las piezas de Covarsí es creíble teniendo en cuenta la importante presencia en la colección de objetos que tienen esa localidad como referencia y que esa zona es una de las más citadas a propósito de sus andanzas de montero, también por su relación

con el propio Mérida y con la Comisión de Monumentos de Badajoz (Ortiz, 2007: 328). Por su parte, la del farmacéutico Antonio Martínez de Pinillos es una colección fundamentalmente arqueológica y preferentemente de piezas arqueológicas de la zona de Almendralejo, aunque no de manera exclusiva, sino que incluye objetos de otros lugares como son Mérida, Villafranca o Magacela. Sabemos que también compraba sin preocuparse, aparentemente, de la procedencia, como es el caso declarado de una lucerna romana que donó al Museo de Badajoz (Romero de Castilla, 1896: 102). Como colección heterogénea posee cierto carácter selectivo pues no era coleccionista de todo lo arqueológico ni siquiera tal y como se entendía a finales del s. XIX. Martínez de Pinillos donó objetos al Museo Arqueológico de Badajoz y su colección siempre ha estado a disposición de investigadores e interesados, cediendo piezas para distintas exposiciones y análisis, como los metalográficos que hemos citado y recogido del proyecto “Arqueometalurgia de la Península Ibérica”. Pero no se ha conservado documentación relativa a los objetos de la colección y los detalles concretos de sus circunstancias de adquisición se han perdido.

Por otro lado, el registro arqueológico hoy disponible para esa zona geográfica apenas dispone de yacimientos detectados que no sean sepulturas megalíticas y otras evidencias relacionadas, razón por la cual resulta difícil buscar una contextualización cronológica, tecnológica y social para este conjunto de metales. De entrada, cabe recordar que no se tienen constatadas en la zona de Alburquerque explotaciones mineras de épocas calcolítica o de la E. del Bronce, lo que no quiere decir que no existieran pese a que no se ha señalado la presencia de cobre aunque sí de estaño. Tampoco de trabajos metalúrgicos, pues apenas se conocen poblados de fines del III e inicios del II milenio a.n.e. En la actualidad restos de actividades metalúrgicas calcolíticas se han reconocido en pocos sitios del entorno geográfico en que se inserta el área de Alburquerque y así en la actual provincia de Badajoz sólo pueden citarse de momento los poblados de la Pijotilla (Hunt y Hurtado, 2001; Hunt, 2003), S. Blas (Hurtado, 2004; Hunt y otros, 2009), la Sierrecilla en Sta. Amalia y hay indicios en los Castillejos 1 de Fuente de Cantos y Zafra (Cruz Berrocal y otros, 2006). Por los datos actualmente disponibles la Pijotilla bien pudo actuar como centro redistribuidor sobre todo y S. Blas como uno de los centros de producción y de abastecimiento (Hunt, 2012: 176). Para la E. del Bronce hay indicios en Alange y un molde de hacha plana de Las Minitas en Almendralejo (Pavón, 1998: 195). Todos estos lugares no son muy cercanos, aunque tampoco excesivamente distantes, y en cualquier caso materias primas y productos circularon con una cierta fluidez durante esos períodos por todo el S.O. y prácticamente por toda la Península Ibérica (Hunt, 2003; Costa, 2010).

Quedan pues en Alburquerque los sepulcros megalíticos y manifestaciones ideológicamente asociadas como los únicos documentos arqueológicos hoy registrados de los primeros grupos de economía productora, en el desarrollo de los cuales se incardinaron los primeros objetos metálicos. Pero hay que reconocer que resulta problemático relacionar sin más los objetos metálicos que presentamos con los ajuares de los dólmenes y tholoi conocidos en esta comarca y que precisamente a fines del XIX e inicios del XX estaban siendo expoliados y destruidos como relató Cabrera (Cabrera, 1930). De ellos no nos han llegado noticias escritas de la aparición de piezas metálicas, pero esa ausencia no es determinante puesto que de los expolios no es fácil recuperar las piezas más espectaculares, mientras, por otro lado, éstos no sólo fueron intensos en los inicios del siglo XX, sino que han continuado prácticamente hasta nuestros días con un lamentable estado de conservación para las estructuras megalíticas de toda la zona Alburquerque-S. Vicente de Alcántara. De todas maneras, aunque sea arriesgado relacionar directamente esta serie de metales, o bien una parte de los mismos, con los ajuares de los megalitos, no es tampoco descartable en algunos casos, de tal modo que tal vez algunos tuvieran en esas mismas comunidades que los construyeron y (re)utilizaron su

contexto social de integración. De hecho, hay piezas como la hoja de puñal con escotaduras, las puntas palmela, incluso los cinceles y hachas pequeñas, que no tienen difícil encaje en un contexto funerario de carácter megalítico avanzado. Pero tampoco lo tendrían en ajuares más tardíos, donde hipotéticamente tienen mejor cabida la alabarda y la punta pedunculada, incluso el hacha grande del Museo de Badajoz.

Por tanto, una potencial asociación al mundo funerario está abierta a otros tipos de tumbas no colectivas ni tan monumentales como las megalíticas atestiguadas en las áreas graníticas y pizarrosas de la zona. Es decir a otras clases de estructuras funerarias que marcan ya el paso a los enterramientos individuales en cistas u otros contenedores. En definitiva a otras formas sociales y culturales diferentes que sucedieron en el tiempo a las comunidades vinculadas al fenómeno megalítico o que incluso pudieron coexistir con ellas en determinados momentos. No obstante, tampoco hay hasta ahora noticias publicadas ni citadas de cistas u otro tipo de tumbas prehistóricas no megalíticas para Albuquerque y un amplio entorno.

Pero con el mundo funerario no se agotan todas las posibilidades de buscar un contexto de integración para algunos de estos objetos y de hecho ahí están los paralelos citados para diferentes piezas que no procedían de tumbas. Por ello, independientemente de una posible vinculación de algunos de los metales que tratamos a los dólmenes y grandes sepulturas megalíticas o bien a otros enterramientos individuales y poco monumentales, cabe resaltar otro aspecto, citado de pasada, que es el del bajo porcentaje de metales que presentan en general los yacimientos del Calcolítico e inicios del Bronce en todo el S.O. peninsular. O sea lo poco habituales que eran los metales en sus respectivas comunidades y sobre todo determinados tipos como la alabarda, puñal y puntas, pero también hachas y cinceles. Este aspecto reafirma el valor y la dimensión social de los productos metálicos en cuanto a su consideración como verdaderos indicadores de prestigio, un valor que por muy repetido que sea no hay que minimizar, independientemente de su utilización práctica o no. Algo que de manera indirecta corrobora el hecho mismo del excelente estado de conservación que presentan la alabarda, puñal y puntas de la colección Martínez Pinillos (Lám. 1), de igual manera que el hacha conservada en el Museo de Badajoz, sin marcas notables ni deformidades.

Cabe plantear así otras opciones en las que el valor social e ideológico de ciertas piezas puede resultar clarificador. La larga hoja de puñal con escotaduras es una pieza destacada y destacable, que hemos visto como realza determinados contextos funerarios e incluso personales dentro de ellos como en el citado caso de la tumba 3 de La Pijotilla. Las puntas palmela por su parte presentan una suerte de poliasociación de manera que se integran en diferentes equipamientos o conjuntos, pero siempre como dotación muy a menudo en tumbas no sólo campaniformes. Las hachas pequeñas y medianas con menor peso quizá también. Pero la alabarda resulta en estas esferas la pieza más interesante.

Esta clase de objetos se interpretan como elementos de *un importante valor social que identifica a un grupo de individuos masculinos que forman parte de las élites* (Aranda, 2012: 263). Y aunque la cita se refiere en concreto a las alabardas del mundo argárico, esa consideración se puede hacer extensiva al resto de las peninsulares (Delibes y otros, 1999: 41). Tal vez por ello los comportamientos culturales en que participaron las alabardas y todo su significado socio-ideológico no se circunscribieron a su exhibición (estela de Longroiva, petroglifos gallegos) ni a marcar un estatus en clave funeraria, sino que puede haber otras lecturas sociales de las que fueran agentes como parte de otras manifestaciones.

Así, mientras en la cultura argárica hay un buen número de alabardas asociadas a tumbas relevantes, en buena parte de la Meseta y en el Suroeste no ocurre igual, pese a

que hay ejemplos destacables como los citados de Setefilla y la Traviesa para el S.O. y un poco más al Norte el de la Gruta IX das Redondas en la Extremadura portuguesa, que ha sido interpretado también como funerario (Senna-Martínez, 1994: 167). Pero fuera del área argárica y de casos puntuales como los citados la asociación de alabardas sólo o mayoritariamente con enterramientos está lejos de ser segura, de manera especial en el caso de las del tipo Carrapatas (Sánchez, 1995; Delibes y otros, 1999: 41) y las de filiación atlántica en general mucho más allá de los límites geográficos de la Península Ibérica. Tampoco puede decirse que haya una vinculación mayoritaria ni mucho menos con la esfera doméstica, aunque puedan existir casos y tal vez el de la alabarda de Alange ser uno de ellos. De esta manera, para algunas alabardas cabe plantear la posibilidad de que su contexto original fuera en depósitos, más de carácter ritual a manera de ofrendas con un valor no necesariamente personal sino más bien social, que de atesoramiento de piezas destinadas a reciclaje.

Para hallazgos con alabardas de tipo y variantes Carrapatas cabe citar casos como el del ejemplar coruñés de Leiro que se halló con otras piezas metálicas en un verdadero escondrijo (Meijide, 1989); también las alabardas del sitio de Abreiro, cerca de Guimãraes, que fueron halladas bajo una roca sin conexión con tumbas ni hábitat y por lo tanto como un posible depósito (Sánchez, 1995: 29); en la Meseta Norte las de Paradilla en Palencia y Fariza de Sayago en Zamora se han considerado de contexto indeterminado (Herrán, 2008: 262), pero la de Fariza sin conexión con lugar de habitación y en un sitio *inadecuado para el emplazamiento de tumba* (Delibes y otros, 1999: 41); en Madrid destaca la alabarda Carrapatas del Manzanares, aparecida junto a otros metales pero con menos certeza sobre su pertenencia a un depósito (De Blas, 1981), y en la provincia de Toledo el destacado caso del depósito de la finca La Paloma en la localidad de Pantoja, con dos alabardas Carrapatas junto a un puñal de lengüeta, cuatro puntas palmela y una sierra larga (Revuelta, 1980). Un conjunto cerrado que ofrece un referente cronológico importante, considerado mayoritariamente como un depósito intencionado, pero para el que se ha insinuado la hipótesis de un posible ajuar funerario de carácter excepcional (Muñoz, 2002: 84), que no encuentra sin embargo apoyo empírico en el contexto peninsular ni tampoco en el del atlántico europeo.

A propósito de la albarda del Manzanares, De Blas resaltó a principio de los años ochenta dos cuestiones a considerar: la falta de contexto claro para casi todas las Carrapatas y el carácter atlántico de las mismas (De Blas, 1981: 261). Ambas cuestiones puede que estén correlacionadas entre sí y se complementen mutuamente. Por su parte, otros autores no descartan, a propósito de hallazgos como los de las alabardas Carrapatas, la posibilidad de plantear la existencia en el Bronce antiguo de depósitos tal vez comunitarios de objetos de gran valor y significado social, una especie de depósitos “protoatlánticos” (Delibes y otros, 1999: 44). A ello podemos añadir como los grabados rupestres con alabardas del N.O. peninsular suelen darse en áreas donde no se presenta de manera clara la asociación de las mismas a tumbas, ya que éstas no se han encontrado hasta ahora en ellas (Brandherm, 2007: 79) pero sí otros metales como las puntas palmela y hachas en muy diferentes tipos de tumbas (Bettencourt, 2010: 145). Todo ello pudiera indicar un estatus simbólico especial para las albardas y su significado social en las áreas geográficas en las que se empezaban a incrementar las influencias atlánticas y de maneras seguramente diferentes, antes de que se adoptasen las aleaciones Cu/Sn. El caso en el S.O., las estelas alentejanas son otro referente de ello pues representan también albardas que no suelen estar entren los ajuares de las tumbas con que se relacionan. Ausencia que no implica que no se utilizasen en rituales que pudieran estar relacionados también con la muerte (Bradley, 1998: 250).

Con todo esto no queremos decir que la alabarda de Albuquerque proceda de una ocultación ritual o depósito constituido por ella sola o bien acompañada por un conjunto de metales, como las puntas palmela, pero sí dejar abierta esa posibilidad sin excluir otras, a tenor de la falta de información y de yacimientos arqueológicos y otros hallazgos con los que se pudiera relacionar cultural, tecnológica y socialmente.

En definitiva y a manera de conclusión final, este grupo de piezas conforma un conjunto heterogéneo de diversos contextos y momentos cronológicos situados entre el Calcolítico final y los inicios de la E. del Bronce. Mientras el largo cuchillo con escotaduras encuentra claros paralelos en estructuras funerarias megalíticas y un marco crono-cultural calcolítico, quizás igual que los cinceles e incluso algunas hachas, no tiene porqué ser así en el caso de las puntas palmela y menos de la alabarda, la pieza más sobresaliente, para la que cabe la hipótesis de su pertenencia a un depósito ritual, comunal o no, más acorde con prácticas postmegalíticas y atlánticas de los inicios de la E. del Bronce, donde cabe situar también la tipología y composición metálica de la punta pedunculada.

5. NOTAS

1. El proyecto analizó 58 objetos procedentes de Extremadura, pero no todos los resultados se incluyeron, sino que quedaron pendientes de publicación algunos análisis que formaban parte de tesis doctorales por entonces en curso de elaboración (Gómez y otros, 1998: 97).
2. En los fondos del museo hay alguna pieza metálica más proveniente de excavaciones inéditas de Cleofé Rivero de la Higuera en la zona.

BIBLIOGRAFÍA

ARANDA, G.

(2012): “Nuevos actores para viejos escenarios. La sociedad argárica”, *Memorial Luis Siret. I Congreso de Prehistoria de Andalucía*, Sevilla, pp. 249-271.

AUBET, M. E., SERNA, R., ESCACENA, J. L. y RUIZ DELGADO, M. M.

(1983): *La Mesa de Setefilla. Lora del Río (Sevilla). Campaña de 1979*, Excavaciones Arqueológicas en España, 122, Madrid.

BETTENCOURT, A.

(2010): “La Edad del Bronce en el Noroeste de la Península Ibérica. Un análisis a partir de las prácticas funerarias”, *Trabajos de Prehistoria*, 67, 1, pp. 139-173.

BRADLEY, R.

(1998): “Invisible warriors. Galician weapon carvings in their Iberian context”, en R. Fábregas (ed.), *A Idade do Bronce en Galicia: Novas perspectivas. Cuadernos do Seminario de Sargadelos 77*, La Coruña, pp. 243-251.

BRANDHERM, D.

(2007): “Algunas reflexiones sobre el Bronce inicial en el Noroeste peninsular. La cuestión del horizonte Montelavar”, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 33, pp. 69-90.

- BRANDHERM, D., ARANDA, G., SÁNCHEZ ROMERO, M. y MONTÓN, S.
(2012): “Las armas en el Argar: aspectos sociales, rituales y funcionales”, *Memorial Luis Siret. I Congreso de Prehistoria de Andalucía*, Sevilla, Junta de Andalucía, pp. 607-610.
- BUENO, P., GONZALEZ CODERO, A. y ROVIRA, S.
(2000): “Áreas de habitación y sepulturas de falsa cúpula en la cuenca extremeña del Tajo. Acerca del poblado con necrópolis del Canchal en Jarafz de la Vera (Cáceres)”, *Extremadura Arqueológica VIII: El Megalitismo en Extremadura (Homenaje a Elías Diéguez)*, pp. 209-242.
- CABRERA, A.
(1933): “De arqueología del arte III”, *Revista del Centro de Estudios Extremeños*, VII, pp. 37-45.
- CARDOSO, J. L.
(2003): *O povoado pré-histórico de Leceia no quadro da investigação, recuperação e valorização do Património Arqueológico Português*, Oeiras.
- COSTA CARAMÉ, M. E.
(2010): *Producciones metálicas del III y II milenio cal a.n.e. en el Suroeste de la Península Ibérica*, British Archaeological Reports, International Series 2106, Oxford, Archaeopress.
- CRUZ BERROCAL, M., CERRILLO CUENCA, E. y GARCÍA SOLANO, J. A.
(2006): “Nuevos datos sobre el Calcolítico en Extremadura: el yacimiento de la Sierrecilla (Sta. Amalia, Badajoz)”, *Spal*, 15, pp. 51-70.
- DE BLAS, M. A.
(1981): “Una alabarda procedente del valle del Manzanares (Madrid)”, *Zephyrus*, XXXII-XXXIII, pp. 157-166.
- DELIBES, G.
(1977): *El vaso campaniforme en la Meseta Norte española*, Studia Archaeologica, 46, Valladolid.
- DELIBES, G., FERNÁNDEZ MANZANO, J., FONTANEDA, E. y ROVIRA, S.
(1999): *Metalurgia de la Edad del Bronce en el pie de monte meridional de la cordillera cantábrica. La colección Fontaneda. Monografías 3*, Zamora, Junta de Castilla y León.
- DO PAÇO, A.
(1964): “Castro de Vila Nova de S. Pedro”, *Anais*, II, 14, pp. 135-165.
- ENRÍQUEZ, J. J.
(1990): *El Calcolítico o Edad del Cobre en la Cuenca extremeña del Guadiana: los poblados. Museo Arqueológico Provincial de Badajoz 2*, Badajoz.
(2000): “Nuevos ídolos antropomorfos calcolíticos de la Cuenca media del Guadiana”, *Spal*, 9, pp. 351-369.
- ENRÍQUEZ, J. J. y HURTADO, V.
(1986): “Prehistoria y Protohistoria”, *Historia de la Baja Extremadura I*, Badajoz, Real Academia de Extremadura de las Letras y las Artes, pp. 3-85.
- GARCÍA SANJUÁN, L.
(1998): “La Traviesa. Análisis del registro funerario de una comunidad de la Edad del Bronce”, en L. García Sanjuán (ed.), *La Traviesa. Ritual funerario y jerarquización*

social en una comunidad de la edad del Bronce de Sierra Morena occidental. Spal Monografías 1, Sevilla, pp. 101-191.

GÓMEZ RAMOS, P., MONTERO, I. y ROVIRA, S.

(1998): “Metalurgia protohistórica extremeña en el marco del suroeste peninsular”, en A. Rodríguez Díaz (coord.), *Extremadura Protohistórica: Paleoambiente, Paleoecología y Poblamiento*, Cáceres, pp. 97-117.

HERRÁN, J. I.

(2008): *Arqueometalurgia de la Edad del Bronce en Castilla y León*, Studia Archaeologica, 95, Salamanca.

HUNT ORTIZ, M.

(2003): *Prehistoric Mining and Metallurgy in South West Iberian Península*, British Archaeological Reports, International Series 1188, Oxford, Archaeopress.

(2012): “Análisis de isótopos de plomo en la investigación arqueológica de la minería prehistórica e histórica del sudoeste hispano”, en A. Orejas y C. Rico (eds.), *Minería y metalurgia antiguas. Visiones y revisiones. Homenaje a Claude Domergue*, Ediciones Casa de Velázquez, 128, pp. 169-182.

HUNT, M. y HURTADO, V.

(2001): “Análisis arqueometalúrgico del yacimiento calcolítico de la Pijotilla (Badajoz)”, en B. Gómez Tubio, M. Á. Respaldiza y M.^a L. Pardo Rodríguez (eds.), *III Congreso Nacional de Arqueometría*, Sevilla, pp. 467-475.

HUNT, M., HURTADO, V., MONTERO, I., ROVIRA, S. y SANTOS J. F.

(2009): “Chalcolithic metal production and provenience in the site of S. Blas (Cheles, Badajoz, Spain)”, *Archaeometallurgy in Europe, 21 Congress Grado-Aquileia*, Milán, pp. 81-92.

HURTADO, V.

(1995): “Interpretación sobre la dinámica cultural en el Cuenca media del Guadiana (IV-II milenio a.n.e)”, *Extremadura Arqueológica*, V, pp. 53-81.

(2004): “San Blas. The discovery of a large chalcolithic settlement by the Guadiana River”, *Journal of Iberian Archaeology*, pp. 93-106.

(2005): “El campaniforme en Extremadura. Valoración del proceso de cambio socioeconómico en las cuencas medias del Tajo y Guadiana”, en M. A. Rojo, R. Garrido e I. García Martínez (coords.), *El campaniforme en la Península Ibérica y su contexto europeo*, Salamanca, Junta de Castilla y León y Universidad de Valladolid, pp. 321-337.

HURTADO, V. y HUNT, M.

(1999): “Extremadura”, en G. Delibes de Castro e I. Montero Ruiz (eds.), *Las primeras etapas metalúrgicas en la Península Ibérica: II Estudios Regionales*, Madrid, Instituto Universitario Ortega y Gasset, Fundación Ortega y Gasset, Ministerio de Cultura, pp. 241-247.

KAISER, J. M.

(2003): “Puntas de flecha de la Edad del Bronce en la Península Ibérica. Producción, circulación y cronología”, *Complutum*, 14, pp. 73-106.

MEIJIDE, G.

(1989): “Un importante conjunto del Bronce inicial en Galicia: el depósito de Leiro (Rianxo, Coruña)”, *Gallaecia*, 11, pp. 151-164.

MELIDA, J. R.

(1925): *Catálogo Monumental de Mérida. Provincia de Badajoz*, tomo I, Madrid.

MOLINA LEMOS, L.

(1979): “El extraordinario ajuar del sepulcro megalítico de Los Fresnos”, *Revista de Estudios Extremeños*, 35, III, pp. 633-641.

MONTEAGUDO, L.

(1977): *Die Beileauf der Iberischen Halbinsel, Prähistorische Bronzefunde* 6, München.

MUÑOZ, K.

(2002): “El hallazgo metálico de la Paloma en el contexto de la Edad del Bronce del Tajo central. Una revisión actualizada”, *Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileña*, 12, pp. 70-93.

ORTIZ ROMERO, P.

(2007): *Institucionalización y crisis de la Arqueología en Extremadura. Comisión de Monumentos de Badajoz. Subcomisión de Mérida (1844-1971)*, Mérida.

PAVÓN, I.

(1994): *Aproximación al estudio del Edad del Bronce en la Cuenca media del Guadiana: la solana del castillo de Alange (1987)*, Cáceres, Institución Cultural El Brocense.

(1997): “La metalurgia en el segundo milenio a.C. extremeño: apuntes para una reflexión preliminar”, *Norba*, 14, pp. 47-63.

(1998): *El tránsito del II al I milenio a.C. en las cuencas medias de los ríos Tajo y Guadiana: La Edad del Bronce*, Salamanca, Universidad de Extremadura.

REVUELTA, J.

(1980): “Los hallazgos de Pantoja en el Museo de Santa Cruz”, *Toletum*, 10, pp. 9-52.

ROMERO DE CASTILLA, T.

(1896): *Inventario de los objetos recogidos en el Museo Arqueológico de la Comisión Provincial de Monumentos de Badajoz*, Badajoz.

ROVIRA, S. y DELIBES, G.

(2005): “Tecnología metalúrgica campaniforme en la Península Ibérica: coladas, moldeado y tratamientos postfundición”, en M. A. Rojo, R. Garrido e I. García Martínez (coords.), *El Campaniforme en la Península Ibérica y su contexto europeo*, Salamanca, pp. 495-513.

ROVIRA, S., MONTERO, I. y CONSUEGRA, S.

(1992): “Archaeometallurgical Study of Palmela Arrow Heads and other types”, en Antonacci (ed.), *Archaeometallurgia. Ricerche e prospettive*, Bolonia, pp. 269-289.

(1997): *Las primeras etapas metalúrgicas en la Península Ibérica. I Análisis de materiales*, Madrid, Instituto Universitario Ortega y Gasset, Fundación Ortega y Gasset, Ministerio de Cultura.

SANCHES, M. J.

(1995): “Alabardas tipo Carrapatas”, *Idade do Bronze em Portugal. Discursos de poder*, Lisboa, pp. 29-35.

SANGEMEISTER, E. y SCHUBART, H.

(1965): “Grabungen in der Kupferzeitlichen Befestigung von Zambujal/Portugal 1964”, *Madrider Mitteilungen*, 6, pp. 39-65.

SCHUBART, H.

(1973): “Las alabardas de tipo Montejícar”, *Estudios dedicados al profesor Dr. Luis Pericot*, Barcelona, pp. 247-269.

SEGURA OTAÑO, E.

(1953): *Un montero genial. Biografía de A. Covarsí*, Badajoz, Ed. Arqueros.

SENNA-MARTÍNEZ, C.

(1994): “Subsídios para o estudo do Bronze pleno na Extremadura atlántica (1): A alabarda de tipo atlántico do hábitat das Bautas”, *Zephyrus*, XLVI, pp. 161-182.